

DE CÓMO MARTÍN ANCA-ARIN LLEGÓ HASTA GRECIA Y DE LO QUE ACONTECIÓ EN LA ISLA DE CRETA

Maite Ruiz de Azua

Usan las gentes griegas un instrumento de música muy similar a nuestro laúd, al que llaman con el nombre de buzuki, el cual tañen por lo general con dedos ágiles y de manera alegre, lo que le pone a uno la danza en los pies sin ni siquiera quererlo. Y yo, que no he menester sino unos pocos acordes en el aire, guardo en mi recuerdo los puertos de Grecia como una fiesta para mis pies.

Pues así, con mis jóvenes catorce años, y uno sólo de vida en el mar, ya había tenido ocasión de desembarcar en algunos de los más animados puertos del Mediterráneo, y si en mi primera singladura no pude arribar a Siracusa, nuestro destino, por habérselo impedido el ataque del temible Barbarroja, meses más tarde fue el mismo galeón *Vasconia* el que echó las anclas en el puerto siciliano, y esta vez no hubo turcos, ni galeras que nos atacaran a traición. Fueron meses de tranquila navegación, sea porque la derrota que sufriera el turco dañara su orgullo, sea porque sus naves aún no se habían recuperado del gran descalabro al que les sometieron nuestros hombres, el caso es que fue aquel tiempo de relativo sosiego. Yo continuaba con mis variados trabajos a bordo, a la orden de prácticamente toda la marinería, pero ya veía que mi persona no le pasaba desapercibida al capitán Machino, pues a menudo requería mis servicios en pequeños menesteres. “Bien, Martín, bien, que grandes hombres de mar no fueron en sus comienzos sino como tú, mozo de barco”, repetía siempre a modo de alabanza.

Siracusa, Génova, Venecia, Nápoles, éstos eran los puertos que más frecuentábamos, y eran tan diferentes a los nuestros de la costa cantábrica, y sobre todo a aquel del Pasaje, del cual habíamos partido, tan ensimismado me quedaba yo mirando la actividad del puerto desde cubierta, que ni los trovadores ni juglares me parecían más entretenidos que el sinfín de rostros, la variedad de vestimentas, las hablas que escuchaba, de algunas de las cuales no había de entender nada de nada, las gentes sucias y harapientas que se mezclaban con mercaderes ricamente ataviados, el olor de pescados recién descargados que compartían espacio en

el muelle con todo tipo de mercaderías, y la rápida mano que practicaba un hurto que el brillo del acero de un soldado le respondía. Martín el Embozado, a modo de mofa me espetaba el piloto del *Vasconia*. Y de cierto que no le faltaba razón al viejo, sorbido el seso me tenía tanto trajín.

Fue en Venecia donde el capitán Machino me llamó a su cámara:

“Martín, he oído con frecuencia hablar de tu destreza para moverte, ligero como una ardilla, y sea por esto, o por la diligencia que has demostrado en los mandados encomendados o porque siendo mozo, levantes menos interés entre las gentes, he decidido requerir tus servicios para que recojas una carta de cierto caballero que encontrarás en la Hospedería del León de Oro. Le reconocerás por sus negros ropajes y porque el puño de su espada grabado tiene una cabeza de toro. Si aún dudaras de haber dado con él, has de decir lo siguiente: “Orea jronia”, y él te entregará una nota, tómala y sal de la taberna, sin más.”

Tres veces más, al menos, tuvo que repetirme el capitán Machino aquella especie de contraseña sin sentido, y aún así anduve con esa cantinela de dos palabras en la cabeza durante el recorrido del barco a la hospedería: “Orea jronia-orea jronia, orea jronia-orea jronia...”





Encontré la taberna y en ella al susodicho caballero, tampoco había apenas concurrencia en el local, musité el tan ensayado “orea jronia”, extendí la mano, me dio la carta y me alejé.

A la mañana siguiente salimos de Venecia, y no como creía yo de vuelta a Rentería, sino que pusimos rumbo hacia Oriente, hacia tierras helenas. La presencia de algunos delfines fue mi máxima distracción en aquel trayecto, y el atisbar a estribor y babor gran cantidad de islas e islotes. Encuentros con otros barcos también tuvimos, pero ninguno de ellos de carácter belicoso.

Dormía sobre cubierta, envuelto en una vieja manta, cuando me despertaron las voces y movimientos de los marinos, el cielo rosado indicaba el amanecer, y en ese momento arribábamos al puerto de Rezimno, en la isla de Creta. Tuve que ayudar a atar cabos, y participar en la tarea de repartir el primer alimento del día. Y a eso de media mañana obtuvimos el permiso para bajar a tierra, pero antes de que pudiera escabullirme hacia el muelle, noté sobre mi hombro una mano firme y la voz del capitán Machino retumbó en mis oídos: “Tú, Martín, acompáñame. Te vienes conmigo” Y sin mediar palabra le seguí en aquel laberinto de calles, porque en verdad les digo que enrevesadas eran una rato, y de una bocacalle partían en diferente dirección otras dos calles, y en la siguiente esquina el mismo dilema y así les juro que no había forma de saber por dónde se andaba uno, y bien que nos hubiéramos perdido en aquel laberinto del diablo (el cual es conocido según me dijeron en Creta con el nombre de Minotauro y más que de demonio tiene aspecto de toro) de no ser porque el capitán Machino miraba en el pergamino que yo recogí los trazos que había de seguir. Ignoro cuántas vueltas dimos por las callejuelas y por supuesto ignoraba en todo momento en dónde me encontraba y me pegaba a las espaldas del capitán temeroso de perder su paso. A esto se detuvo ante una casa y con total convencimiento golpeó la puerta. “Espérame aquí”, me dijo y desapareció en el interior. “¿Aquí?, más me vale, que a poco que me mueva o soy perdido para siempre”.

Pero ocurrió, sí señor, lo que tenía que ocurrir, y es que una música empezó a llegar hasta mis

oídos, y les aseguro que hechizaba, como dicen los marinos que hechiza el canto de las sirenas, y aunque no fueran voces de mujer, aquella melodía alegre y saltarina llevó a mis pies lejos de la casa donde quedaba el capitán Machino. Encontré tres griegos sentados a la sombra de un olivo, enormes bigotes en sus morenos rostros, y unas espesas cejas que les daban una aire fiero, vestían de negro, y llevaban una especie de redcilla en la cabeza, pero lo más terrible eran los cuchillos que veía asomarse en sus cinturas. Por un momento pensé en dar media vuelta y salir huyendo, pero una sonrisa desdentada, un gesto con la mano del de más edad para que me acercara y el rasgueo del buzuki que tocaba otro me animaron al encuentro. Me hablaron, pero no comprendí ni palabra, extraña lengua el griego, que al menos el italiano y el portugués son lenguas cristianas. Siguió uno tocando el buzuki y otro cantaba, el qué ni me lo pregunten, pero me gustó. Y luego el tercero me ofreció un vaso de una bebida cuyo olor casi me tira de espaldas, quise rechazarla, pero a poco de negarme vi que los tres se llevaban la mano a la cintura, seguro que el Minotauro no me hubiera dado mayor susto, así que de un trago que me abrasó gatzate y entrañas la bebida se fue para adentro. El caso es que me animé, y al poco estaba saltando con la música del buzuki, y los griegos daban palmas y reían y bailaban conmigo, y otro trago, y otro más, y yo como que le cogía gusto al asunto, y no sé cómo que me acordé del “orea-jronia” y allí lo solté y los griegos se reían y me palmeaban las espaldas, y repetían conmigo “orea-jronia, file mu.” Y tras el buzuki, el baile y el raki, que así se llamaba tal licor, tan solo recuerdo haberme despertado a bordo del *Vasconia* con un dolor de cabeza inmenso, el mayor que he sufrido yo en mi vida, y el cuerpo agonizante; que cómo salí del laberinto, no quieran saberlo, pues no lo recuerdo, pero creo que a pesar del enfado y del castigo que me impuso en capitán Machino en días sucesivos, a él se lo debo.

Y hubiera perdido todo su favor si tal descuido mío no hubiera sido tan valioso en acontecimientos posteriores, pero ahora disculpen que no me extienda en ellos y prefiera retirarme a tañer este buzuki.